

**¿A dónde vas?**

*Miguel Adolfo Ladino González*

© **Título original:** ¿A dónde vas?

© **Autor Legítimo:** Miguel Adolfo Ladino Gonzalez.

© **Contacto con el autor:**

Miguel\_ladino\_@hotmail.com

© **Editorial:** Autores Editores – Diagonal 36 bis 36 bis # 20 -70  
– Park Way, **Barrio** La soledad – Bogotá D.C.

© **1ª. Edición:** Año 2021

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y/o transformación de esta obra sin consentimiento y autorización de los titulares de la propiedad intelectual.

## **Tabla de contenido**

Lectura Obligatoria .....	5
Capítulo 1 .....	6
Puerta 650 .....	11
Puerta 1,83 .....	16
Puerta 3,20 .....	20
Puerta 10 .....	27
Puerta 5.000 .....	36
Puerta 11.11 .....	48
Puerta 15.000 .....	54
Puerta 911 .....	63
Puerta 17 .....	73
Capítulo final.....	79

*Miguel Adolfo Ladino González*

## Lectura Obligatoria

¿Eres tú quien decide el camino en la vida o ese camino ya está y algo o alguien lo escribió?

Te invito a presenciar y a elegir tu camino, a estar tan cerca de poder cambiar el rumbo a tu antojo, pero al mismo tiempo, a estar bajo la intriga de si decidiste o sólo estabas destinado a elegir lo que precisaste.

El momento en el que el destino, la libertad, lo escrito de nuestras vidas y las creencias del qué dirige nuestras vidas, se expone en una sola situación. Eres libre de elegir el paso que vas a dar y decidir a dónde quieres ir. Ante tus ojos, ante tu mente y el universo de sensaciones que estás a punto de apreciar, dejaras de ser quién eres por un momento y te convertirás en el personaje de esta historia.

Dejaras de ser un hombre o una mujer, serás un ser único y perfecto, sin sexo, sin género, sin etiquetas, sin los prejuicios que te gobiernan; serás libre entre lo que el lenguaje y la mente lo permita.

Debes leer **el capítulo 1** inicialmente como obligación, luego de ello tú decides a donde ir; hay **muchas Puertas** en este libro, eres libre de abrir una o más, posteriormente terminas con **el capítulo final**, también obligatorio.

**No olvides al final leer la última página del libro.**

Es el momento en que tomes una dirección y seas el dueño de tu rumbo... **¿a dónde quieres ir?**

## Capítulo 1

En la capital colombiana se reflejaba un atardecer espontáneo que cubría todos los rincones y seres de la ciudad. Las personas iban y venían entre las calles y el estresante transporte público, todos caminaban con afán, parecía como si de una competencia se tratara ante la velocidad de los pasos. Era una carrera de personas caminando para poder llegar a la interminable fila que nacía en el puente peatonal, el mismo que daba apertura a la estación del transmilenio.

Por un momento me senté sobre una silla de cemento y observé como nadie se detenía a ver hacia los lados, o si quiera a descubrir la existencia de los demás seres humanos que acompañaban el momento de su camino. Era tan impactante ver como nadie era capaz de detenerse a contemplar el regalo que la naturaleza les brindaba en lo alto de las montañas, nadie se percataba de la existencia del rojizo atardecer que adornaba la ciudad y la alegría que producía.

Hombres y mujeres caminaban con prisa sobre las calles, algunos aferrados a sus bolsos y con la mirada baja, con el desaliento tan diciente que se podía sentir su molestia con la vida; únicamente arrastraban sus zapatos buscando algún día llegar al refugio de su hogar.

Ante la abundante energía tan espeluznante que apreciaba allí, decidí que era momento de dirigirme a un lugar que pudiese cambiar el ambiente y sentir la vida. Un espacio para encontrar en el rostro de los demás esas ganas de vivir, esa vibra

contagiosa en la que se ahogan las malas energías y florecen las acciones del crecimiento y el amor.

Opté por usar la bicicleta que había dejado en el parqueadero público, pero ante mi demora al llegar, el lugar estaba cerrado y para poder tener acceso tendría que esperar a las 6 de la madrugada del siguiente día. Intenté persuadir al celador con un par de sonrisas y palabras bellas, pero él muy profesional no se dejó comprar y con palabras breves y miradas fijas, me despachó sin oportunidad de intentar explicarle.

Sin la bicicleta y con la mínima intención de tomar el transporte público, me dispuse a gastar un poco más y llamar un carro particular por una de las aplicaciones del celular.

Me recogió una joven muy bella de aproximadamente 25 años, con ojos grandes -a pesar de los lentes que decoraban su rostro- y de cabellos rizos y bien pronunciados. Era notable su cercanía con alguna de las regiones del sur del país. Al saludarme de forma tan espontánea, le sonreí y confirmé su origen con mayor seguridad.

No deseaba entablar una conversación, sólo quería recostarme sobre la silla trasera del auto y observar la ciudad por la ventana en completa paz. La joven pareció comprenderlo desde un principio y omitió algún intento de hablar conmigo.

Como era usual en la ciudad, el tráfico iniciaba y el movimiento se hacía cada vez menor. Esto abrió el espacio a estar en mi mente; inicié un proceso de reflexión sobre mi vida, sobre mis decisiones y lo que hasta ese día había conseguido.

Pensaba en las decisiones que nunca tomé, en las cosas que nunca dije, en todo lo que omití, en mis amigos, en la familia,

en mi habitación, en mis tareas, en mis amores y en el dolor que tenía por uno de ellos, en la tristeza de la monotonía que cada día se apoderaba de mi vida y en todo cuanto pude...

Con la respiración lenta y entre uno que otro suspiro replanteaba mi vida y sentía que aún no había hecho muchas cosas, como si lo poco que había logrado en mi camino, fuese tan sólo intentar subsistir ante la sociedad y fingir vivir realmente.

Estaba cansada de sentirme dentro de la normalidad, de ser un elemento útil para el sistema, una simple porción que está destinada a cumplir una función como un objeto que se reemplaza por otro igual. No sentía que mi vida tuviese esencia, una oportunidad ni una chispa que deleitará al mundo con una idea revolucionaria de la normalidad agobiante y absorbente de vidas.

Con un gran suspiro entre decepción y esperanza por seguir viviendo y creer lograr revolucionar la monotonía algún día de mi vida, caí en un sueño profundo de por lo menos 10 minutos, pero que ante lo soñado, parecieron horas.

Desperté de repente con el pitido continuo de un furgón que estaba justo detrás de nosotras y que dejaba entrever el estrés que le producía el interminable trancón.

Observé de nuevo hacia afuera y me encontré con un mundo igual de gris al que sentí antes de tomar el vehículo, pero en esta ocasión no se trataba de personas bien vestidas y de trabajadores o estudiantes, en esta ocasión exclusivamente se podía encontrar habitantes de calles, prostitutas y pequeños niños consumiendo de toda clase de drogas en bolsas o cigarrillos.



No podía dejar de ver cómo sus ojos estaban perdiendo la inocencia y la consciencia de otro posible mundo. Me preguntaba por qué mi vida era la que poseía y la vida de ellos era esa, qué había pasado para que yo no estuviera en su lugar o incluso por qué no había nacido para heredar la fortuna de una familia llena de dinero.

La vida es un misterio lleno de preguntas con posibilidades infinitas. Reflexionaba y consideraba que cada posible decisión que se toma y no se toma por cada ser, es un universo más, es decir, estamos en expansión ilimitada de universos paralelos donde mi vida podría ser la del mendigo, el heredero de una gran fortuna, el novelista, la actriz más famosa, la reina de un país, la secretaria de un abogado y tantas opciones como ideas tenía.

Una canción de la radio me disperso ante el sin fin de preguntas sin responder que tenía y alertó mi consciencia del gran tiempo que llevaba allí. Saqué la cabeza por la ventana de forma irresponsable y ante mis ojos divisé que el trancón que había era interminable, así que pagué el recorrido y decidí continuar caminando las cuadras que faltaban.

Llegue a la estación de transmilenio, las aguas. Caminé unos metros e inicié el ascenso por entre las calles para llegar al chorro de Quevedo. Todo estaba muy iluminado, muchos jóvenes tomando cervezas en las afueras y dentro de los establecimientos.

Llevaba mucho tiempo sin salir y aunque la subida era relativamente cerca y suave, mis piernas me hacían saber que no las ejercitaba nunca. Subiendo entre los bares, restaurantes y

una que otra tienda, doble en la esquina y me encontré con la calle del embudo. Una calle hermosa y llena de color entre los hogares y comercios que le adornan; una calle que no es pavimentada pero que tiene una colección de piedras circulares y cuadradas una tras otra, para guiar el camino.

Estaba igual como la conocía toda la vida, bastante angosta, llena de personas y colores. Subí a mi ritmo por toda la mitad del camino, algunas veces esquivando personas para no irrumpir con sus humanidades.

Cuando estaba a 4 metros de salir de la calle del embudo, el celular empezó a vibrar de forma inusual. Al parecer alguien llamaba y al mismo tiempo los mensajes de las redes sociales se juntaban, para de forma conjunta comunicarme que algo pasaba.

***¡Ahora debes elegir a cuál Puerta irás!***

Revisa la tabla de contenido y dirrecciónate a la **Puerta** de tu destino...

## **Puerta 650**

Me incliné en ignorar por completo el celular junto a los mensajes que llegaban y sin observar de quién se trataba lo apagué por completo y dentro de la mochila fue a parar. Necesitaba un espacio a solas y cualquier interrupción del celular alejaría esa posibilidad. Era momento de decidir, me enfoco en disfrutar conmigo o presto atención al mundo de las redes como siempre solía hacerlo.

Había tomado una decisión sin remordimiento alguno, así que continúe el camino del embudo hacia el chorro de Quevedo. Sonreí levemente entre los extranjeros que obstruían el paso y consumían intrigados la chicha de colores; me causaba gracia al ver sus expresiones y gusto sobre nuestra chicha colombiana.

Me senté sobre los escalones que daban espalda a las pequeñas tiendas y que estaban justo enfrente de la fuente del chorro, porque quizá era el lugar más libre entre tantas personas. Estaba algo inquieta por acomodarme y estar a gusto sin ninguna interrupción, pero dispuesta a pasar un buen rato a solas.

Luego de que transcurrieron 5 minutos en un movimiento de lado a lado, sentí que estaba segura de estar bien, a solas en la multitud, pero conmigo misma; saqué de la mochila una cerveza y la puse a un lado, pero sin notarlo el humo del narguile que consumían las chicas de repente nubló toda la fuente y como si de una película se tratase, se desvaneció en la mayor lentitud posible por toda la pequeña plaza y sus admiradores.

El humo se desvanecía y en su huida llevaba consigo el sonido de las guitarras y las voces de los asistentes, todo era tan flemático que aún si estuviese drogada, no podría haberlo vivido. Se desprendía el mundo y enfrente a mí se dibujaba la existencia de un ser, un hombre, una mujer, era solamente un ser magnífico y lleno de vida. Allí estaba dibujada la construcción de mis íntimos y bellos recuerdos. Mi mente extrapolaba sin medida la representación más vulnerable pero feliz de mis pasos junto a el amor de mi vida, el amor que hoy no está, pero que jamás dejará de serlo.

El recuerdo invadió mi cuerpo y como un bombardeo de sensaciones en todas direcciones llegaba la imagen de mi único amor, tenía dibujado en el rostro de aquel extraño la figura exacta que le hacía lo que era, podía sentir la sensación de sus manos sobre mi cara, tenía la impresión innata de como deslizaba sus dedos en mi rostro, el calor de sus manos que me hablaban y sonreían.

En sus ojos encontré el deleite del amor, el recuerdo vivo del único ser que desprendió de mi interior la semilla del amor, la transparente e inocente luz de amar y ser amado. En aquel ser lo encontré y de nuevo lo amé, se hizo a mi cuerpo como la sangre que recorre cada rincón. Deshice los secretos que intimamos con los suspiros y los viví con tanto furor que mi cuerpo sudaba de placer.

La extraña, inesperada, pero fascinante figura se acercó a mí y me hizo el amor como sólo podría hacerlo mi verdadero amor. Su voz cerca de mi oído erizaba todo el cuerpo, desenfundaba

movimientos lentos con el pasar de sus frases, excitaba mi mente y me llenaba el alma con su cortesía, con la calidez de sus palabras. Hacía que la simplicidad de las frases, fuesen la declaración eterna de la poesía; el verso se quedaba corto y la misma lírica envidiaba su pasión.

La vehemencia del cuerpo deliraba y embriagaba mi mente en un cosmos de plenitud, dibujaba a la perfección la felicidad y la libertad, exponía ante el mundo la esencia sin mancha de mi ser, desnudaba la subjetividad sin prejuicios y ajena a la contaminación de la hipocresía que la sociedad imponía. Todo ello tan sólo por ver la sonrisa que delineaba su rostro, llena de vida, de inocencia, de la pureza que intimaba con mi verdadero olor a libertad y respeto.

Al despedirse poso sus labios en una danza infinita junto a los míos, podía entender cómo los movimientos no eran una imitación, eran sus besos en verdad, la suavidad única que jamás había sentido, ese vibrato que se entrelazaba con los suspiros; aunque amaba como me hacía el amor, mi llanto no espero y anticipó su ausencia de nuevo. Cada rincón de mi vida sabía que era la despedida y se aferraba a lo que segundo a segundo se evaporaba conforme el aire pasaba.

El arte expuesto ante mis ojos, ante mis sentidos y todo lo que en mi limitado cuerpo podría producir una sensación. La más fina representación del acuerdo entre la perfección y la pasión, explotada en los colores del universo y su infinita e irreconocible ley. Encarnaba el epígrafe que musitaban los ángeles cuando hablaban de amor.

El amor de mi vida una vez más se marchaba ante mis ojos.

Luego de entender que estaba alucinando su extrañeza, descanse entre lágrimas el recuerdo de su único e incomparable amor. Casi sin fuerzas en el cuerpo y con las piernas trémulas y lentas, tome mis audífonos, acomode el abrigo de lana blanco - cocido por mi propia abuela- y dejé a un lado la lata de cerveza águila que nunca destape; caminé solitaria hacia las calles más lejanas del centro de Bogotá y, entre la multitud y la soledad de las calles, intente buscar, recordar y encontrar de nuevo la presencia de sus abrazos.

Caminaba de la mano de los recuerdos, detenida en cada parte que olía a él y entre sollozos abracé los lugares en que fuimos felices. De nuevo el calor de su amor me abrazo hasta saciar y desnudar mi mundo una vez más. Allí entendí que era mi despedida para él y el comienzo de un nuevo itinerario, pero siempre con el recuerdo de su amor.

Canté con lágrimas en el rostro hacia el firmamento y con una sonrisa inigualable, firmé el cierre de un ciclo, el emprendimiento a mi nueva vida y, con un pedazo de ladrillo destruido sobre el asfalto, plasmé en un símbolo naranja nuestra despedida.

Intente ser lo más exacta posible, me esforcé al extremo para describir lo vivido y recordarlo cuantas veces fuese necesario para estar bien, así que, también lo plasme entre la libreta que guardo y celo tanto en la alcoba: este fue uno de los detalles

con mayor significado y aprendizaje que me he regalado en la vida.

Dejé el símbolo allí mientras con la suavidad de mis pasos, encontré el camino a casa. Anduve unas cuantas calles hasta ubicar la estación más cercana del transporte público. Saqué la tarjeta del bolsillo trasero y revisé en el lector del saldo que aún me sobraban 650 pesos, así que continué y pagué mi pasaje.

Ingresé entre sonrisas y llantos sin importar la forma en que todos me observaban. No me importó ninguna de sus miradas porque todos eran ajenos a lo que vivía mi existencia en ese instante. En mi alma tenía una ausencia, un gran vacío, pero al mismo tiempo iniciaba con fuerza la cura de un amor propio que renacía por doquier hacia la libertad.

## **Puerta 1,83**

Revisé por encima de qué se trataban los mensajes que tanta vibración crearon sobre mi bolsillo, intentando y pensando en mente que no fueran lo suficientemente fuertes como para evitar mi visita al chorro, pero lamentablemente su contenido me invitaba a replantear la decisión, así que decidí salir y devolverme un poco hacia el comercio abundante del centro de la ciudad. Con la esperanza de hallar un lugar donde encontrar los medicamentos que mensualmente se le suministraban a mi hermana para el dolor interminable de sus piernas.

La noche abrazaba la ciudad y la posibilidad de ubicar algo entraba en merma, lo único que podía ubicar abierto eran bares, restaurantes y algunas tiendas caseras. No había medicinas y tampoco espacio para disfrutar del hermoso chorro de Quevedo, así que decidí regalarme 5 minutos para fumar un cigarrillo entre la multitud que pululaba cerca de mí. Sin esperarlo algo golpeo mi pierna de forma leve, pero lo suficientemente fuerte para sentirlo. Al voltear a observar de que se trataba, me lleve una sorpresa que cambió por completo aquel lóbrego panorama, tiñendo mi vida y adornando aún más los motivos para seguir vivos. Ante mis ojos estaba el reflejo de la felicidad pura, de la inocencia, la fidelidad y la pureza en furor.

Una peluda y hermosa colita se movía de izquierda a derecha cada vez con mayor intensidad, acompañada de una gran lengua al aire que desnudaba la sonrisa de un cachorro entre café y gris, por la cantidad de polvo que cargaba sobre su pelo.



Intenté identificar su raza, pero era demasiado criollo para saberlo y demasiado bello para perder el tiempo en averiguarlo. Como un acto reflejo me lance sobre él y pose mis manos sobre su cabeza, acariciándole una y otra vez. Ignoraba a plenitud lo gratificante que vivía mi ser con cada caricia, con el observar como un par de ojos se hacían más pequeñitos y una sonrisa más pronunciada. En aquel momento éramos dos seres felices, dos seres en sincronía, alejados de los prejuicios sociales, en lo más íntimo de la naturaleza y la energía.

Cuando la energía brillaba y me envolvía en un momento hermoso junto a este cachorro, sentí que algo intentaba obstruir y destruir aquel momento. No podría ser nada más que otro humano, o mejor, cientos de humanos. Los caminantes pasaban por mi lado y sin pronunciar palabra miraban con desprecio el aprecio que le brindaba al cachorro, observaban con asco la suciedad que posaba sobre el cuerpo del amigo que hoy conocía, pero no permití a mi vida desperdiciar un encuentro tan inusualmente fantástico.

Tomé la mochila del costado derecho y de allí saqué una botella de agua que había guardado para más tarde, luego tome la coca del almuerzo y la llene con cuidado, -mientras el cachorro me observa sentado y sonriente- una vez vacié todo el líquido lo acerque a sus patas y disfrute conmovida el gusto con el que mi querido amigo saciaba su sed.

Acaricie de nuevo su cabeza y en cuestión de segundos el cachorro cayó sobre su espalda por completo. Mi mente imaginó lo peor, creí por milésimas de segundos que le había

pasado algo y quizá el agua que le había suministrado estaba alterada o le había ocasionado algún daño, pero para mí fortuna el jugueterón sólo deseaba que consintiera su pancita. Me senté justo a su lado derecho y con ambas manos le consentí, disfrutando juntos de un minuto de completo amor.

El momento de partir había llegado así que me levante, luego me arrodille y en un abrazo le pedí al pequeño cachorro que me acompañara lo más cerca del transporte público para regresar a casa y así poder buscar cerca del barrio, la droguería de la Sra. Rosa que siempre estaba abierta hasta tardes horas de la noche. Él me miró, levantó un poco sus orejas y batió la cola, anunciando que sería mi compañero de la noche.

Como si me hubiese comprendido a la perfección a mi costado derecho un peludito hermoso se veía entre la escasa luz, acompañándome cuadra por cuadra sin algún reproche. A pesar de haber tanto ruido por la música de algunos bares y la voz de las personas que por allí pasaban, me sentía feliz, caminaba por las calles con la tranquilidad de llevar el mejor compañero.

Estaba a tan sólo unos metros de entrar y tomar el transporte, así que me arrodille frente al cachorro y él sin dejarme despedir movió su colita, sonrió y posó su patita izquierda sobre mis manos. Le abracé como si lo conociera de toda la vida y sin dejarme pronunciar palabra, me ladro 2 veces y se marchó entre la oscuridad de las calles.

Ensimismada quede un buen rato en el lugar, pensando lo valioso que había sido ese momento. Intentaba preguntarme el

por qué no me atreví a llevar conmigo aquel cachorro; no sería la única vez que lo hacía. - A pesar de que mamá ya estaba cansada de tantos animales que recogía, pero uno más no sería nada inusual- para en este caso todo había sido diferente, aquel cachorro fue quien me despidió, fue él mismo quien decidió tomar un rumbo en el que yo no estaba a su lado.

Dos minutos después de comprender que estaba como una estatua en medio de la oscuridad, definí pasar la calle y abordar el transporte público para ir pronto a la droguería de la calle 1 con carrera 83 y después a casa.

## **Puerta 3,20**

Mi decisión estaba tomada y aunque vibrara por dos horas, no prestaría atención a ningún mensaje que estuviese llegando en mi celular, por ello terminé de caminar la calle del embudo para llegar al punto central del chorro, la fuente.

Un poco despistado y sin saber en qué lugar ubicarme para pasar el rato, me recosté sobre la primera pared sobre la que encontré un espacio. Caminé lentamente y cuando arribe al lugar, un par de chicas sonrieron a mi presencia y continuaron en su charla existencial; por mi parte, devolví la sonrisa y acomode la mochila justo enfrente para no estropear nada cuando me recostara con todo el peso del cuerpo.

Observé de derecha a izquierda la presencia de quienes hoy disfrutaban del chorro, no era raro que estuviese bastante lleno y con una variedad de personas extranjeras y locales -que si algo tenían en común- era el disfrutar de una buena charla entre amigos.

Continuaba pasando la vista de forma muy lenta, intentando encontrar a alguien conocido, pero para desgracia o fortuna al llegar al centro de todo el lugar, mi cerebro, mi alma o lo que haya sido, se fijó de forma inmediata en la presencia de una persona que llevaba mucho tiempo sin verle, pero que me alteraba de una forma inusual.

Logré identificar su presencia aun cuando se encontraba entre un grupo de chicos y chicas que podrían superar los 15

integrantes. Se encontraba exactamente en dirección recta, a unos 3 metros con 20 centímetros mal contados de donde yo estaba recostado. Era tan cercano que en el momento en que levantase su cabeza y fijará tan sólo un poco la vista, notaría mi presencia en el lugar; para mí esos 4 metros -con cada segundo que pasaba- se transformaban en milímetros y, en mi mente sólo podía proyectar la idea de tenerlo tan cerca a mi rostro, justo cuando sus ojos se levantaran y descubriera mi ubicación.

En el momento en que lo vi no pude evitar sonreír y sonrojarme, sentía que mi cuerpo liberaba sensaciones de una forma inesperada, sensaciones que no podía expresar y debía canalizarlas por la sonrisa y el sudor. Me sentía observado por todo el mundo, como si en aquel lugar todos supieran lo que yo pensaba y sentía, excepto quien en realidad lo provocaba. La ansiedad hizo lo suyo y empecé a morder mis labios en repetidas ocasiones, al tiempo que buscaba un lugar adecuado para ocultarme.

En la incontrolada y ansiosa búsqueda por evitar que notara mi presencia, había conseguido hallar un lugar perfecto, pero justo en ese momento, por la calle del embudo un ruido de tambores y cantos llamó la atención de todos los que en el lugar estábamos. Pensé que era el momento adecuado para salir corriendo y cuando me lancé a la huida, me topé con un par de ojos que con misterio se dirigieron a los míos, pero que con el pasar de los segundos se tornaban más perfectos a mis sentidos.

Como una estatua quedé en el mismo lugar, correspondiendo a plenitud a la mirada de quien intenté evadir desde un inicio. Sentía como las manos sudaban con mayor intensidad. Era incomodo sentir esto, pero a la vez grato por la sensación del espacio en que nuestros ojos se conectaron.

Cuando bajó su mirada pensé que había sido todo y era momento de aceptar el gesto y retirarse al lugar elegido para continuar con mi visita. Lo que en realidad no imagine y mucho menos esperaba que fuese a pasar, fue verlo hacer un ademán de despedida con algunos de sus amigos, señalando y haciéndoles entender con exactitud que vendría hacia mí.

No podía estar más alterado internamente, el corazón empezó a bombear con más fuerza, los pensamientos de cómo reaccionar pasaban como estrellas fugaces. Desde mi ser más interno estaba completamente complacido y dispuesto a recibirle con un abrazo soñado como esos que salen en las películas, pero por el otro lado mi instinto me incentivaba a salir corriendo cuanto antes de allí.

En esta ocasión mi instinto de huida simplemente me dejó allí paralizado y con más ganas de escuchar su voz que nunca en la vida. No quería parecer ansioso y muchos menos demostrarle como podía alterarme, así que fingí tomar el celular para contestar un supuesto mensaje en redes, con tal incapacidad de poder distinguir que se encontraba apagado.

Frente a mí estaba su presencia, tan perfecta como siempre había sido. Era imposible no detallar su cabello negro

reluciente, sus labios pronunciados y las ropas tan cálidas e increíbles que exclusivamente él podría tener.

Por unos segundos quedé absorto en su preciosidad y en la comprensión de que no había cambiado nada, seguía siendo la misma belleza de la que mis ojos se enamoraron desde el primer día. Decidí volver en sí para que no notará el atrevimiento de mi mente para con su persona y contesté a su saludo de la forma más natural y neutra, pero haciéndole saber que me complacía su presencia.

Fingí hacerle saber que no había notado su presencia, pero me devolvió el atrevimiento respondiendo que él sí había identificado la mía con tan sólo una mirada. Por el cuerpo cientos de corrientazos recorrían mi columna, haciendo sentir la felicidad que sus palabras provocaban.

Logré controlar mis impulsos y sentimientos conforme hablábamos un poco, sin dejar de admirarle con total pleitesía. Luego de unos minutos de charla, definimos en ir a comer algo cerca para hablar un poco.

Tan sencillo como siempre, me hizo conocer que no tendría problema en sentarse en un andén para comer una pizza de pollo con champiñones, por el hecho de que no tenía más dinero que para sus pasajes de vuelta a casa.

El lugar y la comida me eran tan indiferentes, ante la posibilidad de compartir unas horas a su lado y disfrutar de lo que sin duda, sería una noche perfecta.

Una vez sentados en una pequeña escalera que daba entrada a una casa, comimos juntos de la misma pizza sin ningún

problema. Incluso la pizza que no era de mi completo agrado, en ese momento tenía un sabor a gloria, imaginaba el sentir del queso deslizándose en mis labios como si fuese su lengua al intentar penetrar el océano de mi deseo.

Quizá en unos 6 minutos las palabras fueron tan inefables para expresar lo que de forma recíproca sentíamos, que verdaderamente basto suspirar al vernos fijamente con una sonrisa que no se apagaba jamás.

El quedarnos fijamente observando nuestros ojos era el placer más estimulante de la vida. Estábamos encerrados en un ciclo de suspiros interminables, en un estado de paz y felicidad plena, un estado inquebrantable que hacía que los abismos se transformaran en olimpos.

El éxtasis que había en nuestras mentes era tan prístino que podía sentir como su energía recorría la mía, tal cual como lo hizo la última vez en aquel bello lugar.

La niebla que poseían mis emociones se evaporaba con la luz de sol que irradiaba su mirada, encontraba en su luz el paraíso a un paso de trastornar mi realidad y extrapolar mis pasiones a un universo paralelo.

Los fluidos que se desprendían en ese momento tan excitante daban cuenta de que el olor de los cuerpos seguía intacto, de que el deseo y la pasión no se habían perdido, por el contrario, se apoderaban del momento y se exponían sobre las ropas y el ambiente.



Nuestras manos estaban juntas y no se separaban, se enlazaban con una perfección de rompecabezas, al tiempo en el que el amor nos libraba del miedo y la soledad. El fervor de las energías que se inmiscuía en la reproducción de los recuerdos, levantaba edificaciones sobre el vacío, con las olas de un tsunami, acaparando por completo la existencia que daba apertura al itinerario de los dioses.

Lamentablemente su presencia no duró las horas que habíamos estimado, pero fueron tan placenteras como para escribir una novela romántica. Tan dicente e intensas fueron esas horas juntos que podría habernos convertido en la mejor obra de arte jamás plasmada en la globalización.

El recuerdo de la fecha en que nos encontrábamos me hizo decidir volver a casa, para poder comprar la medicina que cada mes debía suministrarle a mi hermana.

El abrazo con el que nos despedimos duró aproximadamente 5 minutos si no fue más tiempo. Me sentía en otro planeta mientras sus brazos atrapaban mi cuerpo y los míos recorrían el suyo. Ese momento en el que debíamos partir, era tan intenso que todo parecía en cámara lenta, lograba sentir con total detalle la forma en que nuestras manos se deslizaban en las del otro.

Mi cuerpo amartelado expresaba y sentía como una luz se conectaba a la de él y nuestros ojos no dejan mentir lo placentero que era vivir estos sentimientos.